

lla. Lo que hasta ahora resultaba peligroso o insólito, comienza a ser casi normal. Películas sobre la guerra civil con una perspectiva distinta a la de los ganadores, películas sobre problemas internos de grupos políticos, películas probablemente "de denuncia" como las que muchos reclamábamos en un intento de acercar el cine a la realidad. Se ha hecho un poco más cotidiano lo excepcional y quizá con ello, algunas de estas películas españolas "nuevas" entren en una nueva trampa: la de conformarse con la posibilidad de decir tres o cuatro palabras y no aventurarse por el camino de lo desconocido, por colocar el cine en la vanguardia de un camino que está sin recorrer. Si hace años, la simple aparición de unas chabolas determinaba todo un mensaje (y un peligro para el director que se atrevía a filmarlas), hoy esto es insuficiente. El acomodamiento es la mediocridad.

He tenido ocasión de ver en privado una película que se margina totalmente de este ambiente. Una película que va mucho más allá de cuanto el cine "político" a la moda realiza ahora en España. Una película que no me atrevo a calificar con precisión, porque es capaz de escaparse de géneros, costumbres o concepciones previas. En definitiva, una película inquietante, compleja, rigurosa, inteligente y espléndida, que sufre, paradójicamente, el peligro de no verse nunca proyectada en los cines españoles. "Sonámbulos", de Manuel Gutiérrez Aragón (director de "Habla, mudita" y "Camada negra"), es víctima de una situación extraña. La empresa productora ha tenido que dejar pa-

Manuel Gutiérrez Aragón.



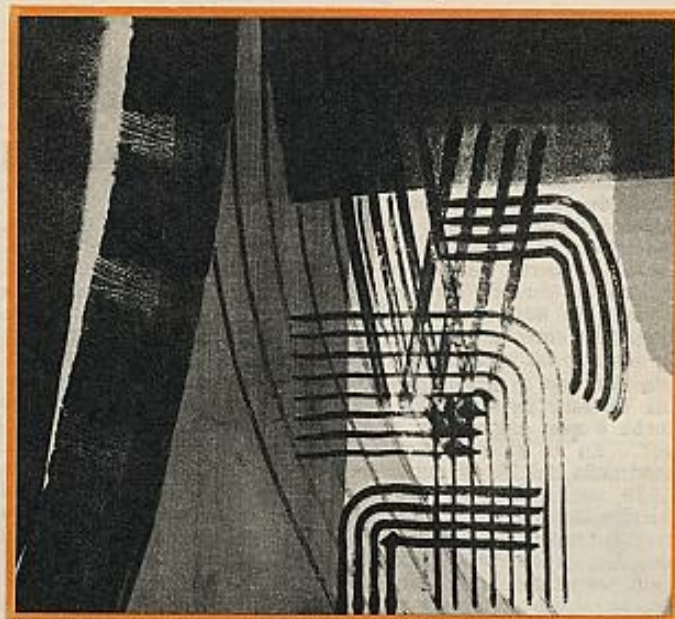
so a la intervención económica de algún Banco, que a su vez no realiza los pagos pendientes de la película y que arriesga con ello los embargos, las ventas precipitadas y, finalmente, la desaparición del film como ser físico. Porque es más que probable que ninguno de los ejecutivos que ahora deciden la suerte de la obra de Manuel Gutiérrez lleguen a entender la importancia de esta película, calibren de alguna forma que una película es algo más que unos números escritos en un papel y que concretamente "Sonámbulos" precisa para su contacto normal con el público de un cuidado especial, de un lanzamiento inteligente, de una seriedad como la que el propio director ha tenido al realizarla.

No es éste el momento de intentar una crítica más amplia a "Sonámbulos". Incluso habría que señalar que para hacerlo es necesario contemplar la película más de una vez. La riqueza de juegos dramáticos, de posibilidades de interpretación, de sugerencias establecidas desde la propia película no es perceptible (para mí, al menos) en una sola proyección. Y pienso que sería terrible para "Sonámbulos", película que parte de una complejidad consciente, de una vertiente expresiva difícil, de un riesgo artístico totalmente inusual, limitarla a una sola vez, a un espectáculo más, a una simple frase.

Tampoco es el momento, porque puede llegar a ser cierto que el espectador español nunca pueda conocer la película. Con lo que, como decíamos al principio, este mundo cinematográfico idílico que parecemos vivir, tiene en realidad otros aspectos más trágicos, más correspondientes con la realidad. El cine sigue siendo una cuestión de pesetas. Y las obras maestras siguen sufriendo el desprecio de quienes las pagan, el olvido de las leyes "normalizadoras" del cine español. "Sonámbulos" debería ser reclamada incluso por entidades oficiales, preservarla de estos peligros mortales que la acechan. Al cine español le hace falta. ■
DIEGO GALAN.

ARTE

Yo recuerdo, antes de ahora, haber visto y tal vez conocido a Hartung. ¿Fue aquí en Madrid o en Barcelona? Tal vez fue en Barcelona, pero no sé, no recuerdo dónde ni en qué circuns-



Hans Hartung.

tancia. Un amigo me dijo: "Mira, este es Hartung". Lo recuerdo sostenido por sus muletas, pues al hombre le falta una pierna, y tiene esa torpeza de movimientos de los cojos que no tienen cultura de cojos. Hartung es un radical europeo de nuestro tiempo. Alemán de origen, pues nació en Leipzig en 1904, es francés por nacionalización. Esa es una nacionalidad que se merece sin discusión, pues la pagó al precio de su propia sangre, luchando contra los Ejércitos de Hitler en las filas de la Legión francesa. Poco antes de incorporarse, en África, a la Legión, transfuga del hitlerismo, pasó por España. Pero aquí se le respondió con cárceles y campos de concentración... Escribo eso ahora con sonrojo de español y, como español también, me gustaría pedirle perdón... Porque, después de todo eso, él sí, luchando por Europa, perdió su pierna.

Hans Hartung

Galería Juana Mordó.

Madrid

Polígrafa, la gran editora barcelonesa de arte, le dedicó no hace mucho un bello libro a Hartung, firmado por Rafael Santos Torroella —libro que fue presentado con motivo de la exposición de nuestro pintor en la también barcelonesa galería Joan Pratas—. En ese libro, entre la feliz literatura crítica de Santos Torroella, encuentro una cita con palabras del propio pintor, en la que nos dice que los

movimientos interiores de alegría o repulsa que se exteriorizan, aún no son arte. Y termina así: "Un grito, por ejemplo; eso no es arte. Un grito no es nada aún. Para que un grito se convierta en arte es necesario obedecer a ciertas leyes muy difíciles de definir"...

Voy, pues, a la exposición de Hartung, para ver, ya transformado en "arte", los que tendrían que ser, en su origen, y al menos en potencia, gritos, muestras de alegría o cualquier tipo de exteriorización más o menos visible. Pero sí, tiene razón Hartung; para que todo eso sea "arte" tiene que producirse una transformación, de acuerdo con ciertas leyes que él no sabe o no quiere explicarnos cuáles son. Pero digo que tiene razón nuestro pintor, por lo menos en lo que respecta a su pintura, porque, efectivamente, esos cuadros que es posible que hayan tenido en su origen una cierta motivación emocional, ya están transformados en pintura, y en sólo pintura, aunque, por supuesto, conservan una evidente huella "grafológica" de su motivación originaria.

Si las cosas no fuesen como Hartung nos dice, es evidente que sería un "expresionista". Lo sería, no por su cultura originaria, o no sólo por ella; lo sería, sobre todo, por la huella, evidente a pesar de la victoria de la pintura en su obra, de su emocionalidad originaria. Pero Hartung es muy pintor. En su obra, el expresionista queda absolutamente vencido por el pintor.

Lo es, porque en la fisiología misma de cada cuadro hay una evidente complacencia en esa misma fisiología que sí, y sólo

por ella, puede tener una cierta entidad expresiva, pero que no quiere sobrepasarse con ningún hecho "argumental" derivado de no se sabe qué posibilidad "grafológica" o simplemente gráfica. La gráfica de Hartung no pretende nunca sobrepasarse a sí misma. Se sobrepasa, sí, pero a pesar de sí misma, a pesar de la intencionalidad del pintor, porque, como digo, es muy difícil, acaso imposible, que en ella no superviva alguna huella originaria de la emocionalidad en que, en definitiva, se funda. Por eso, esa fisiología de que hablo se autocomplace en la entrega a la mancha de color, o a la lineación, de cultura curvilínea, que junto a ella ofrece su contraste.

Pero insisto en la virtualidad pictórica de Hartung. Pintor, fundamentalmente pintor: eso es lo que es fundamentalmente.

Ese hombre de Europa, ese ciudadano de la cultura europea que, para contribuir a edificarla libre, ha puesto en peligro su vida y ha sacrificado su bienestar, hoy mismo, con su arte, sigue edificando a Europa. El trae, hasta las nuevas generaciones pictóricas, la noticia germana de un cierto expresionismo, pero al mismo tiempo, él ofrece un cultivo con cierta racionalidad de la forma, que tanto puede ser de origen francés como de origen itálico.

Ciudadano de Europa, sí. Ciudadano pictórico de Europa. Todo pintor, cuando tiene algo que decir, nos está haciendo una propuesta, incluso sin que, muchas veces, él sea consciente de ella. Esa es la propuesta de Hartung: Unificar la expresividad más o menos germana con la "racionalidad" francesa y el cultivo itálico de la forma. Por ello, Hartung es un gran pintor de la nueva Europa. ■ JOSE M.º MORENO GALVÁN.

se desarrolló a lo largo de casi cuatro horas con un lleno absoluto, ha servido, antes que nada, para dar una idea de los propósitos que animan al singular pianista en la nueva etapa de su carrera.

Tengo que aclarar de antemano que no comparto la opinión de quienes juzgan que esta carrera ha procedido por medio de una serie de sucesivos saltos en el vacío. Creo que a través de todos sus estadios —bien reflejados en disco, por cierto— se puede entrever una línea conductora que da la razón a los partidarios de eso que llaman "política de autor", la presencia de unos rasgos identificativos —ni siquiera hay que elevarlos a la categoría de "constantes"— configuradores de un estilo muy determinado. Un estilo que, alcanzado el grado definitivo de madurez, decanta todos los momentos que ha atravesado y deviene una actitud ante la música.

Quiero decir con esto, que en el concierto de Badalona se pudo escuchar no ya "lo que hace ahora Chick Corea", sino "todo Chick Corea". Las trece personas que figuraron en escena funcionaron como extensiones de las diversas facetas de la personalidad del líder. Únicamente Gayle Moran, como explicaremos más adelante, se permitió dar un giro distinto al recital; y lo cierto es que, para lo que hizo, más hubiera valido que se hubiera limitado a cumplir el mismo papel que los demás.

No tiene mucho sentido a estas alturas detenerse en detalles. El concierto ya pasó; centrarse en él al no asistente no le dirá nada, y quien asistiera

ya tendrá formada su propia opinión. No hay lugar, pues, para decir "esto estuvo mejor, aquello peor", o "tal señor tocó bien, tal otro menos bien". Las composiciones de Chick Corea, aun las más llenas de tópicos y concesiones, tienen un toque fácilmente identificable, un aura de sencillez casi mágica que responde a un esquema de producción sorprendentemente económico y eficaz. Del otro lado, los miembros de la banda responden a la perfección en tanto que colectivo, así el cuarteto de cuerda —muy bien incorporado a los arreglos, y favorecido por un sistema de amplificación milagroso, que parecía no existir—, como el grupo de viento —restallante, compacto, con Dave Liebman trabajando el saxo soprano como un stajanovista—, y, en fin, el ritmo, provisto básicamente por el ex Mahavishnu Rick Laird y un prodigioso batería de veinte años llamado Tom Brechtlein que, el angelito, se estrena como profesional en esta gira.

Con todos esos recursos, difícilmente podía no resultar un concierto redondo. Sin embargo, algo falló. Mejor dicho, algo hubo que sacrificar a la dichosa "comunicación". Tras sus divertidas —y rentables— experiencias con toda suerte de teclados electrónicos, Chick Corea ha reducido el papel de éstos en su nueva música, y ha vuelto a centrar su atención en el gran piano acústico, del cual sigue siendo el dominador absoluto que registró para ECM dos álbumes en solitario en donde todo el jazz para teclado, de Art Tatum a Cecil Taylor, se resume en un milagroso trabajo de creación espontánea. Pues

bien: ese piano también quiso hacerse oír. Tatum, Taylor, Bud Powell y todos los demás, sesgados por apariciones de Bartók y los impresionistas, y coloreados por alusiones de profundidad diversa al pianismo español —¡sin dejar de lado a Scarlatti!—, surgieron en algunos momentos del concierto... y fueron rápidamente cortados ante la actitud reacia de un sector del respetable, poco partidario de todo lo que no fuera marcha. Chick nos diría después que en esos momentos trató de no sentirse frustrado, y que es cuestión de que se le escuche más a menudo. Vale. A lo mejor dentro de diez mil visitas encuentra al personal más receptivo.

Mención aparte merece lo de Gayle Moran, pues ya he dicho que fue lo único que se salió del tono general. La Moran, una mezcla de Barbra Streisand y Florence Foster Jenkins ataviada de fallera mayor, interrumpió el show en uno de sus mejores momentos para obsequiarnos con su número. Por si fuera poco, culminó éste con la peor versión que he oído en mi vida de "God Bless the Child". Posteriormente, en la rueda de prensa, dijo que la había cantado porque le gustaba mucho la canción y adoraba a Billie Holiday. Hay carlinos que matan. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Chick Corea.



JAZZ

Chick Corea: Comunicación y frustración

En el curso de un tour monstruoso en duración, alcance y número de actuaciones, la banda de Chick Corea, featuring Gayle Moran como estrella invitada, ha actuado en el Pabellón de Deportes del Club Juventud de Badalona. El concierto, que

DISCOS

Pablo Guerrero: recuperar la fe, la vida

"A tapar la calle", el último disco de Pablo Guerrero (1), ofrece nuevas pistas para considerar a este autor e intérprete extremeño como uno de los más originales, coherentes y persistentes valores de la canción popular realizada en castellano. En él, el creador de "A cántaros" insiste en las temáticas y en las formas que le son más propias y queridas, y que en su anterior LP, "Porque amamos el fuego", encontraban su más alto punto de manifestación hasta ahora, incluido este nuevo trabajo. Que no por ello deja de ofrecer innovaciones y

(1) Movieplay. Serie Gong, 17.1273/4.